

Tema II
ACERCARSE
(Cfr. Lc 10, 34a)

Objetivo:

Comprobar que la sola presencia de los hermanos que viven cercanos significa ya un punto de esperanza y de comunión, que se va convirtiendo en consuelo al comprobar que quienes viven conociendo sus necesidades y angustias descubren la presencia de Dios en la solidaridad.

Canto (El Buen Pastor)

Hecho de vida

- ¿Cómo vivimos en la colonia, en la cuadra o en la misma parroquia?
- ¿Crees que somos solidarios unos con otros?
- ¿Qué necesitamos para descubrir las necesidades de los demás?

Un pequeño cuento que nos ayuda a descubrir la importancia, de ver y compadecernos...

Me lo dijo el bosque

Fermín apenas había cumplido seis años. Vivía con sus padres y sus hermanos Juan y Ramón, en un pueblo cercano a un bosque de niebla, en lo alto de una montaña, donde crecían orquídeas y helechos y volaban los quetzales. El pequeño no podía disfrutar de esas imágenes porque era ciego de nacimiento. Sus padres lo habían llevado a la ciudad más cercana para darle tratamiento, pero el médico les había dicho que su problema no tenía cura.

Con todo y eso el pequeño llevaba una vida normal y estudiaba gracias a la lectura en voz alta que hacían sus familiares. Los demás habitantes lo respetaban, pero no le tenían el mismo aprecio que a los niños con vista normal, pues sentían que no podría ayudarlos en las faenas del campo. No sabían que, al carecer de vista, Fermín había desarrollado más de lo normal sus otros sentidos: su olfato era más refinado, su oído detectaba sonidos imperceptibles para los demás y sus dedos podían percibir cambios sutiles en los objetos. Su mejor amigo era el bosque de niebla. Cuando sus manos percibían la humedad del musgo en los troncos informaba: “el bosque me dijo que va a llover”; cuando sus oídos escuchaban un aleteo casi imperceptible entre las hojas, anunciaba “Vengan: dice el bosque que el quetzal no tarda”. Sus padres y sus hermanos lo escuchaban atentamente pues por él se enteraban de muchas cosas.

Eran tiempos de la Revolución y los bandoleros aprovechaban para saquear los pueblos: montados a caballo se metían a las casas, tomaban los objetos y se robaban a las muchachas. Los habitantes del pueblo de Fermín se creían a salvo, pues pensaban que los bandoleros andaban lejos, pero en realidad los pillos planeaban atacarlo y andaban cerca de allí. Una mañana, paseando por el bosque, Fermín notó señales extrañas. Tocó los troncos y percibió la vibración de una cabalgata; respiró, y olió el humo de fogatas; aguzó su oído, y escuchó ecos de un corrido. ¡El bosque le dijo que los bandoleros iban hacia el pueblo!

Nervioso, lo informó a los habitantes pero no le hicieron caso. Sus hermanos lo tomaron en serio y corrieron por las calles recomendando a todos que apagaran velas y braseros, que se quedaran quietos y guardaran a sus perros para que los malvados no ubicaran el pueblo. Orgulloso de Fermín, el bosque — con ayuda de la lluvia y la noche— produjo una espesa neblina que ocultó las casas entre los montes. Al acercarse, uno de los bandoleros dijo: “Aquí no se ve nada pelados. ¡Era mentira lo del pueblo!” y se alejaron galopando. Al amanecer, cuando la niebla se había dispersado y la vegetación lucía radiante, Fermín se sintió feliz: los demás veían, sí, pero sólo él podía hablar con el bosque.

- ¿Qué encuentras en este relato?
- Analiza la respuesta de los personajes
- ¿Encontramos similitudes y diferencias entre el cuento y los hechos de vida? ¿Cuáles?
- ¿Cómo reaccionamos ante las personas que pensamos que son diferentes a nosotros o piensan de manera diferente?
- ¿Cuáles son nuestros prejuicios y las formas como nos vamos distanciando de los demás?

Juzgar:

Iluminación con la palabra de Dios.

Ahora escuchemos un texto bíblico que se nos habla de quién es nuestro prójimo.

Cita Bíblica: Mt 15,21-28

Saliendo de allí Jesús se retiró hacia la región de Tiro y de Sidón. En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo:

- «¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada.» Pero él no le respondió palabra.
- Sus discípulos, acercándose, le rogaban: «Concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros.»
- Respondió él: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
- Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: «¡Señor, socórreme!»
- El respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.»
- «Sí, Señor -repuso ella-, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.»
- Entonces Jesús le respondió: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas.» Y desde aquel momento quedó curada su hija.

Reflexión

Como podemos comprobar en la lectura del evangelio, el buen Samaritano no sólo no pasó de largo ante el cuadro que tenía delante sino que se enfrentó a la situación de aquel pobre hombre acercándose física y compasivamente a él. El herido estaba solo y sin posibilidad alguna de salir del estado en que lo dejaron los bandidos (cf. Lc 10, 30). Por eso, la sola presencia de alguien junto a él significaría ya un punto de esperanza que se iría convirtiendo en consuelo al comprobar que aquel desconocido se inclinaba y se disponía a ayudarlo. El gesto de acercarse a quien se encuentra en una situación más o menos crítica es ya importante en sí, pues denota interés, solicitud por el que sufre, deseos de ayudar, etc., actitudes de verdadero amor solidario.

De la misma manera que en la parábola del buen samaritano, aplicándola a la escena del Evangelio que acabamos de leer, vemos la disponibilidad de los discípulos hacia la mujer que viene en busca de ayuda; estos se acercan a Jesús para suplicarle. La obra magnífica en este relato está en la relación que debe entablar todo aquél que vive alejado de Jesús, pero que está necesitado de Él. Así vemos cómo Jesús la acerca a la fe, la acerque al amor y como respuesta vemos la caridad efectiva. Comprendemos de esta manera que la fe hace ver el rostro de Cristo en el hermano necesitado o que sufre (cf. Mt 25, 40).

¡Cuántos buenos samaritanos, conocidos o anónimos hay, sin duda, en nuestras comunidades haciendo el bien pacientemente, con discreción y perseverancia, actuando de muchas maneras pero empujados por el amor al prójimo y prestando todo tipo de ayudas, compartiendo tiempo, atención, cualidades personales, medios económicos y especialmente bondad y amistad! Evidentemente, la clave de todo esto es el amor, la primera condición como ya señalaba San Pablo en el bellísimo himno a la caridad: “Si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada” (1 Cor 13, 2b). Si en nuestra Diócesis, en las parroquias y comunidades, en los hogares o instituciones caritativas, faltase ese amor verdadero, sacrificado, solícito y entregado a las personas, podríamos tener una organización perfecta, abundancia de estudios sociológicos y medios, pero nos sobraría burocracia y nos faltaría el alma.

Como afirmaba Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est*: “La actuación práctica resulta insuficiente si en ella no se puede percibir el amor por el hombre, un amor que se alimenta en el encuentro con Cristo”.¹ O en palabras del Papa Francisco “Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo. Basta recorrer las Escrituras para descubrir cómo el Padre bueno quiere escuchar el clamor de los pobres: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo [...] Ahora, pues, ve, yo te envío...” (Ex 3,7-8.10), y se

¹ BENEDICTO XVI, Encíclica “*Deus caritas est*”, cit., n. 34.

muestra solícito con sus necesidades: “Entonces los israelitas clamaron al Señor y Él les suscitó un libertador” (Jc 3,15)².

Por eso, cada uno de nosotros tiene que salir de sí mismo e ir hacia los demás para comprender el sufrimiento o las gracias que van desarrollando los hermanos para promover la fe y la caridad, haciendo descubrir la grandeza que tiene la Iglesia de ser el lugar donde se anidan los hermanos para vivir la esperanza de saber compartir los bienes, tanto en el sufrimiento, como en las alegrías. No podemos quedarnos en simples estadísticas sombrías que arrojan los sociólogos, debemos salir, ir y acercarnos a cada hombre o mujer, joven, adolescente o niño, pues no es una ficha sino alguien con nombre, sentimientos, historia personal, alegrías y penas... De ahí que, si no procuramos actualizar frecuentemente las actitudes evangélicas en nosotros, es decir, no vemos con otros ojos nuestro andar diocesano, correremos el grave riesgo de caer en alguna forma de pragmatismo inhumano. Por cierto, la atención prioritaria a las personas pide también que en los diversos ámbitos eclesiales e instituciones diocesanas, parroquiales, sectoriales, etc., se cuide debidamente la necesaria coherencia entre el ser de los agentes discípulos misioneros y las obras realizadas por ellos. Dicho de otro modo, la esperanza de un mundo diferente desde la fe y la caridad que mueven a la Iglesia, deben hacerse presentes y operantes a través de los que la representan y actúan en su nombre. Por lo mismo, todos estamos llamados a acercarnos a todos los hermanos.

Actuar

Reflexión personal

- ¿Cómo es mi forma de actuar ante la Iglesia que requiere de mi persona?
- ¿Salgo al encuentro de los hermanos, me acerco y los acerco a Jesús?
- ¿Me cuesta trabajo encontrarme con la pobreza o la miseria de los demás?

Reflexión en pequeños grupos

- ✓ ¿Cómo discípulos misioneros de Jesucristo, que debemos hacer para estar más cerca de los hermanos que sufren?
- ✓ ¿Cómo abrimos a la esperanza de que nuestra situación social puede ser diferente?

Oración

Veamos un video que nos sirva de oración y reflexión, también para que nos prepare para el tema siguiente. (Me sostiene tu amor)

Padre Nuestro

² Sumo Pontífice Francisco, “Evangelii Gaudium” n. 187